Era Marcio, el primo de Eutima, que parecia examinar detenidamente la casa.

El honrado gladiador se sobresaltó.

La presencia del primo de Eutima en aquel sitio, le hizo comprender que el libertino jóven habia descubierto la morada de la virtuosa huérfana.

El gladiador se quedó observándole, procurando no ser visto.

Marcio, sin notar que era vigilado, pasó á la otra acera.

Lidon no perdia ninguno de sus movimientos.

El primo de Eutima se detuvo junto á la puerta del edificio; miró hácia el interior; sacó una tableta, hizo algunos apuntes, y en seguida se alejó con aire alegre y satisfecho.

—¿Qué plan será el suyo?—dijo interiormente Lidon al verle marchar—¡oh!..... este hombre es tan temible como Salustio. Velemos.

Y el jóven gladiador se quedó meditabundo.

Antes solamente tenia que conjurar los planos de Salustio; ahora se veia empeñado en destruir los de aquel y los de Marcio.

¿Seria esto posible?

¿Podria un infeliz gladiador salvar á una jóven de los lazos tendidos por dos poderosos?

CAPITULO III.

NOBLES SENTIMIENTOS DEL ALMA.—RECUERDOS DEL PASADO.—AFECTOS ÍNTIMOS.

Estamos en una humilde casa situada en una callejuela estrecha y solitaria.

El edificio á que voy á conducir á mis lectores, así como otros que están contiguos á él, fueron desenterrados en presencia del actual Papa, Pio IX, el 22 de Octubre de 1849.

Era pocas horas despues de la celebracion de los sacrificios que dejamos consignados en el capítulo anterior.

Una jóven, hermosa como la esperanza, y modesta como la sensitiva, se encontraba en una pieza donde reinaban, á la vez que la pobreza, el aseo y el buen gusto.

Sentada en una silla de poco precio, se ocupaba en coser una estola que, por lo exquisito de la tela y por la elegancia de su corte, denunciaba que no era su destino dar realcè á los hechizos de la que se afanaba en concluirla.

En la dulce y blanda fisonomía de aquella jóven, velada por el suave tinte de una apacible melancolía, se reflejaba un alma sensible y sin mancilla. Sobre su frente pura y serena como un cielo sin nubes, se ostentaba, en forma de elegante diadema, su delicada, abundante y rubia cabellera, realzando la poética forma de una cabeza de la mas correcta perfeccion. Un modesto traje oscuro, sencillo y sin ningun adorno, pero limpio como la luz del alba, velaba las delicadas formas de su cuerpo esbelto y flexible como la palmera de los trópicos. En sus azules ojos, grandes y bellos como los de la diosa Hebé, númen de la juventud y escanciadora de los dioses, sombreados por sedosas y larguísimas pestañas, se descubria la dulce mirada de la modestia, de la piedad y de la resignacion. Su blanco y torneado cuello, esbelto como el del nevado cisne, se levantaba enhiesto sobre sus ebúrneos y redondos hombros de admirables y delicados contornos.

Era la perfeccion de la belleza en la muger, unida á la modestia de la virtud.

La hermosura se habia asociado á la pobreza, para patentizar que cuando el aseo y el pudor residen en la mas bella mitad del género humano, no son necesarias la riqueza y la compostura para realzarla ante los ojos del mundo, y que la limpieza del cuerpo y del alma son las mas ricas y apreciables joyas que constituyen el imperecedero y bello adorno que debe engalanar por siempre á la muger.

A regular distancia de la hechicera beldad, cuyo retrato acabo de trazar con mal dirijido pincel y débil colorido, se encontraba sentado un jóven de fisonomía franca y noble, gallardo, pero de robusta musculatura, vestido con el traje de la clase baja del pueblo.

Ambos guardaban un silencio profundo.

La hermosa, sin levantar la vista del traje que cosia, continuaba con afan su costura, y solamente interrumpia su trabajo para enjugar de vez en cuando una lágrima que se asomaba á sus ojos.

El jóven sorprendia aquellas lágrimas, y sentia oprimírsele el corazon, abismándole en una profunda melancolía.

Parecia que la pena, esternada por ese mudo pero elocuente lenguaje del corazon, que se llama llanto, afectaba de una manera intensa su alma.

Dominado por un respeto profundo que el mismo dolor de la hermosa parecia inspirarle, permaneció inmóvil, sin atreverse á despegar los lábios, temiendo profanar el misterioso silencio que en la pieza reinaba.

Era una escena muda en que el alma dejaba adivinar sus afectos por las mutaciones del rostro.

El adorno que se descubria en aquella silenciosa habitacion, estaba en consonancia con la misteriosa calma que reinaba en ella.

Sobre una mesa de poco precio que estaba junto á la melancólica jóven, se veia un pequeño Crucifijo de madera, mas apreciable por los sentimientos religiosos que inspiraba, que por la perfeccion de la escultura. Las paredes presentaban una cascada y bosques iluminados por la luna, y en un extremo de la pieza se descubria una cortina que defendia del polvo los vestidos que la jóven habia recibido para arreglarlos.

La pieza contigua era el *cubiculum*, ó dormitorio, en que solo se encontraba un lecho, cubierto con un pabellon, y una silla.

La jóven levantó al cabo de un gran rato la cabeza, y al notar la actitud melancólica del que le acompañaba, rompió el silencio, pronunciando con seductora dulzura estas palabras:

—Estais muy triste, generoso Lidon.

—¿Quereis que no lo esté, hermosa Nicea—contestó este con acento conmovido—cuando os miro padecer y contener vuestro llanto?..... Desde que presencié el profundo y filial cariño que consagrábais á vuestra excelente madre, sentí hácia vos una adhesion pura, íntima y sincera, como la que un buen hermano consagra á su querida hermana: vuestras penas me afectaban hondamente, y por ahorraros la menor de ellas hubiera dado, y daria actualmente mil y mil vidas si tuviera.

—Lo sé, mi querido Lidon, y me lo habeis patentizado exponiendo vuestra existencia por salvar mi buen nombre en los instantes en que Salustio se empeñaba en alcanzar mi amor. Sí, vos os presentásteis en aquellos instantes supremos, y deteniendo con una de vuestras her-

cúleas manos el brazo de Salustio en que blandia el agudo punzon, le derribásteis en tierra con la otra.

—El afan de salvaros me prestó fuerzas que realmente no tenia.

—Yo imploraba el favor del Dios de los cristianos, y el Dios de los cristianos os condujo allí para salvarme.

—Olinto, que se hallaba con un anciano, á quien respeto y amo, me envió á que vigilase por vos, y por fortuna llegué cuando mas necesaria era mi presencia.

—Desde entonces—dijo la jóven huérfana, señalando el Crucifijo que estaba en la mesa—venero esta imágen de Cristo que puso en mis manos Olinto, como á mi Salvador, y os miro á vos como al mas generoso y leal de los hombres, como á mi mejor amigo, como á un hermano!.....

Lidion sintió descender á su corazon una delicia inefable al escuchar aquellas palabras.

El aprecio de Nicea tenia para su alma un encanto seductor.

Conmovido gratamente por la dulce expresion de afecto revelado en las sentidas frases que acababa de pronunciar la jóven, sintió agolparse á los ojos las lágrimas de la gratitud.

—¡Oh!..... esa distincion con que os dignais mirarme, es el bien mayor á que pudiera aspirar en el mundo, y creed que no omitiria sacrificio ninguno para hacerme acreedor á ella. ¿Pero de qué sirven mi anhelo y mi ardiente afan?..... Yo os miro sufrir y padecer, y no sé de qué medios valerme para destruir la funesta melancolía que vela vuestro semblante desde el momento fatal en que Salustio os visitara!.....

—¡Mi melancolía!.....—exclamó Nicea exhalando un suspiro.—No os afaneis por encontrar el medio de curarla!.....

—Teneis razon: un gladiador puede impedir que se manche la honra de una jóven virtuosa, pero no curar las heridas del alma. Sí, Nicea; yo pude impedir que ese hombre os ofendiera, pero no pude estorbar que su presencia encendiese en vuestra alma el sentimiento del amor.

—¿Qué decís, Lidon?.....—exclamó Nicea tiñéndose de un vivísimo carmin sus mejillas.

—Que le amais—contestó con tierna compasion el jóven gladiador, fijando sus grandes ojos en la bella huérfana.—Lo he leido en vuestro melancólico rostro y en vuestras lágrimas: ¿por qué ocultármelo? ¿No decís que me amais como á un hermano?..... ¿Por qué, pues, no revelar á éste lo que pasa en vuestro corazon?.....

—Porque comprendo que lo que pasa en mi corazon no debiera pasar en él; y lo que no debe ser y es, lo que nos esforzamos en rechazar y se adhiere á nuestra alma, no es prudente comunicar á las personas que nos aprecian, y cuyo dolor se aumentaria con la conviccion de la lucha interna establecida entre nuestros sentimientos y nuestra razon.

—Luego ¿no me he engañado? ¿Le amais?

—Yo no os podré explicar si el afecto que hácia él siento, es amor ó simpatía; pero lo que sí sé es, que á pesar de la ofensa que trató de inferirme, á pesar de su falsía y de su engaño, yo no le aborrezco; yo..... le quiero!

Y Nicea, como si se descargase de un secreto que le habia tenido abrumada con su peso, respiró libremente.

Lidon se estremeció al oir la última palabra de Nicea.

Habia estado persuadido de que la jóven amaba á Salustio, y sin embargo, al escuchar, no que le amaba, sino que le queria, experimentó una emocion penosa.

¿Por qué?

¿Amaba acaso en secreto á Nicea?

¿Lo que juzgaba ser un puro afecto de hermano, era, sin él haberlo comprendido, un sentimiento de otra naturaleza?

No nos atreveremos á asegurarlo.

Lo qué sí podremos decir es, que en aquel sentimiento existia mezclado algo de celos.

Esto no nos da derecho para interpretar que su amor no fuese puro y fraternal.

Tambien el cariño de hermano es algunas veces celoso.

¡Se desea tanto la preferencia del amor hasta de los seres de la misma familia!

¡Es tan natural querer que nos amen con preferencia á todos, aquellas personas que preferimos á las demas!

Lidon quedó triste.

Nicea advirtió aquella tristeza; pero atribuyéndola al sentimiento de no verla feliz, exclamó con acento dulcísimo y tierno:

—Veo que mis penas os afectan hondamente, y que en premio al interes que por mí tomais, solo os devuelvo amargura y melancolía! Sois el hombre á quien mas debo, á quien mas estimo, cuya dicha anhelo, y sin embargo, no os proporciono otra cosa, que sinsabores y duelo!

—Vuestro aprecio para mí es el mayor bien de la tierra—dijo Lidon conmovido por las afectuosas palabras de la jóven.—Estoy triste porque os veo padecer, y medito la manera de que seais feliz. Si ese Salustio.....

—No hableis mas de él: mi afecto queda enterrado en lo mas profundo de mi corazon, y nadie mas que vos en el mundo sabrá que existe. Le aprecio, y este aprecio ha crecido desde que ví que, en vez de conservaros rencor y amenazaros al verse arrojado en tierra por vos, ensalzó vuestra noble accion, y procuró sincerarse conmigo de su falta. Esto prueba que á pesar de su vida licenciosa, conserva una alma digna y generosa, ajena á los mezquinos rencores de los hombres vulgares. Vos me habeis dicho que tiene gran influjo con las autoridades, que el pretor mismo le respeta, y sin embargo, lejos de tomar venganza, os distinguió, y os ha dejado en tranquila quietud.

—Es cierto. Haber osado un miserable gladiador poner las manos en un ilustre patricio como Salustio, es causa suficiente para gemir aherrojado en una prision: otro que no fuese él, se hubiera valido de su posicion social para perderme. Os confieso que esta accion me ha cautivado, porque ella revela que aun quedan en su alma algunos nobles sentimientos.

—¡Oh!..... esa es mi creencia.....

—Pero aunque elogio con franca sinceridad su leal conducta conmigo, siempre calificaré de infame la accion de penetrar en vuestra estancia, con el bastardo designio de arrebataros el honor.

—Sí,—añadió Nicea con melancólico acento—aquel pensamiento fué indigno de una persona distinguida: él, acaso lo habrá conocido ya así, y se arrepiente, tal vez, de haber proyectado un plan contrario al honor y á la virtud.

—¡Arrepentirse!.....

—¿No lo creeis vos así?

—No, bondadosa Nicea: yo no puedo creer en su arrepentimiento, porque tengo pruebas de lo contrario.

—¡Cómo!

—Bien saben los dioses que solo quisiera tener palabras favorables para ese hombre que ha interesado vuestra alma; pero por desgracia.....

—¿Qué?

—Solo tengo nuevos motivos para juzgarle desfavorablemente.

—¿Será posible?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque temo que proyecte nuevas asechanzas contra vos.

—¡Me haceis temblar!

—He dicho que temo que proyecte, no que estoy seguro de ello.

—Pero vuestro temor debe reconocer sin duda una causa: ¿cuál es?

—Palabras que he recojido de una conversacion que un esclavo suyo tenia con otro que no sé quién es.

—Pero Salustio ignora donde vivo: solamente vos y Olinto conoceis mi morada.

—Eso ha sido hasta hoy.

—¿Os ha visto acaso entrar aquí?

—No, yo he procurado siempre evitar su encuentro y burlar la vigilancia de sus esclavos para que nunca descubriese donde vivís.

—Os agradezco el que hayais obsequiado así mi deseo.

—Pero, ¿no pueden haberos seguido á vos cuando soleis salir á la calle, y haber descubierto vuestra morada?

—Sabeis que solo salgo á las cosas mas precisas, y siempre cubierta con el velo para no ser conocida.

—¿Habeis salido hoy?

—Sí; me llamó la dueña de esta estola para hacerme algunas explicaciones; pero volví en el instante.

Lidon se explicó entonces el motivo de haber encontrado á Márcio enfrente á la puerta del edificio de Nicea, despues de los sacrificios.

—¿Por qué me haceis esta pregunta?—agregó la hermosa huérfana sin comprender la intencion con que fué dirijida.

—Por nada..... por pura curiosidad—contestó Lidon para no alarmar á la jóven.

—Pues sí, he salido; pero mi marcha en la calle ha sido rápida, y nadie, cubierta como he venido, ha podido conocerme.

—Salid lo menos posible.

—Así lo hago.

—Os conviene que todo el mundo ignore donde vivís.

—Ese es mi empeño. Me bastan vuestras visitas y las de Olinto, para ser dichosa.

—Olinto es el hombre mas virtuoso de la tierra.

—Como vos el mas sincero y generoso.

—¡Qué ardiente caridad la suya! ¡Qué afabilidad con los inferiores! ¡Qué bondad con los esclavos! ¡Oh!..... Yo respeto mucho mis dioses; pero al ver los altos ejemplos de virtud de ese noble sacerdote cristiano, miro la nueva religion con cariño y veneracion.

—Yo estoy próxima á abrazarla: todos los dias dedica un momento á instruirme en su doctrina, y veo que su moral es la mas pura y santa.

—De igual cosa se ocupa por los barrios de la ciudad. Pero me voy, que en casa de Diómedes me espera con impaciencia un amigo. Los dioses concedan á vuestra alma la ventura.

—Yo soy venturosa, cuanto me es ya dable ser—contestó Nicea con blando acento.

—Mas no cuanto debeis serlo.

—Pobre y huérfana, no tengo derecho á mayor felicidad que la que gozo: os tengo á vos y á Olinto por amigos y.....

—Ninguno de ellos os abandonará jamas.

—Gracias.

—Pero vuestra alma ¿no aspira mas que á la amistad suya y la mia?..... ¿No aspira á otro bien de indefinible dulzura que vislumbre vuestra alma en otro nombre que no es ni el suyo ni el mio?.....

—Ese nombre lo debo borrar de mi memoria, y lo borraré.

—Sí, borradlo: Salustio no es digno del cariño puro de una jóven virtuosa como vos.

—¡Salustio!.....—exclamó con tristeza la hermosa huérfana—¡Ah!..... ¿por qué le conocí?..... ¡Por qué escuché sus palabras!.....

Y la jóven quedó meditabunda, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Lidon salió á la calle traduciendo en el semblante de Nicea el sentimiento que encerraba en su alma.

—¡Le ama, sí, le ama!.....—exclamó al verse fuera del edificio—¡oh!..... si yo supiera que ese hombre era capaz de una pasion sublime..... de una pasion que, reconociendo la virtud de Nicea, le inspirase la idea de hacerla su esposa, entonces yo mismo pondria de mi parte los medios de realizar ese enlace; pero cuando estoy persuadido de que solo prepara su ruina, y que únicamente anhela su deshonra, estoy en el deber de velar por ella. Estemos, pues, en acecho, y veamos venir los acontecimientos.

Lidon, al pronunciar estas palabras, se dirijió hácia la casa de Diómedes, para pasar algunos instantes al lado de su anciano padre Medon.

Nicea quedó entretanto sola en su estancia.

La imágen de Salustio la conmovia y la aterraba á la vez.

El temor de verse expuesta á sus asechanzas la habian obligado á abandonar la "Casa de la Gran Fuente de Mosaico."

Al siguiente dia de la terrible escena con Salustio, la jóven huérfana, no queriendo permanecer expuesta á nuevos planes proyectados contra su honra, solicitó de una familia pobre, pero honrada, que le alquilasen dos piezas en la misma casa que habitaba, para vivir así al abrigo de la osadía de cualquier libertino.

Nicea contaba con la corta cantidad que Olinto le habia dado al visitarla, y admitida su proposicion, la bella jóven pagó el importe de su nueva habitacion, y se trasladó á ella de noche, para no ser vista.

Dos personas solamente sabian el sitio á que se habia mudado.

Aquellas dos personas eran Olinto y el gladiador Lidon.

Nicea, no quiso comunicar al esclavo que le habia facilitado hasta entonces la *Casa de la Gran Fuente de Mosaico*, el edificio ni calle á que se mudaba, temiendo que el oro de alguno de los que anhelaban su daño, le hiciese descubrir su retiro.

La virtuosa huérfana, llevada de la noble idea de ser lo menos gravosa posible á los cristianos, que por medio de Olinto se habian propuesto favorecerla, se dirijió á la *fullonica* solicitando trabajo.

El encargado del establecimiento, compadecido de su triste posicion, le dió á coser algunas piezas, permitiéndole que las llevase á su casa.

Nicea desde aquel instante se entregó con asiduidad al trabajo.

La habitacion que le habia alquilado la familia con quien vivia, consistia en dos piezas pequeñitas; una que le servia de dormitorio (*cubiculum*) y la otra de obrador.

Al ir á entregar las primeras costuras, una rica dama, que se encontraba por casualidad en la *fullonica*, prendada de su laboriosidad y modestia, le dió á coser la estola en que la hemos visto ocupada, ofreciéndola no dar en lo sucesivo mas que á ella todos los trajes que se hiciera.

Nicea, contenta con esta promesa, no pensó mas que en la manera de no ser gravosa á las personas que la favorecian.

La jóven hubiera sido feliz, si la imágen de un ser que conmovia toda su alma, la hubiera podido borrar de su memoria.

Aquella imágen era la de Salustio.

Nicea comprendia que debia desterrar de su corazon todo afecto tierno hácia aquel hombre que habia meditado su ruina; pero su afecto era mas fuerte que su voluntad, y sus esfuerzos fueron inútiles.

En aquel mismo momento, cuando las palabras de Lidon sonaban aún en su oido revelándola las siniestras miras del libertino jóven, su corazon no podia resignarse á olvidarle.

Nicea quedó triste, sintiendo en su corazon la terrible lucha del deber y de los tiernos afectos.

De repente se oyeron pasos de alguna persona que se acercaba.

La hermosa huérfana trató de serenarse, y continuó su labor.

Poco despues llamaban á la puerta del cuarto en que cosia.

La manera de tocar le indicaba quién era la persona que llamaba.

Nicea, recobrando del todo su serenidad, exclamó:

—Tened la bondad de entrar.

La puerta se abrió.

Un hombre se presentó en el umbral.

Era Olinto; el sacerdote cristiano que velaba por el bienestar de la pobre huérfana.